Bonafoux y los españoles en París

Si hay un adjetivo desatinado para colorear la figura de Luis Bonafoux, éste sería el de *acomodaticio*. Se enfrentó a todo aquello que consideró pertinente denunciar, y muchas veces tenía fundadas razones. Ya dijimos en la primera entrada que le llamaron *La víbora de Asnières* por los picotazos que atizaba el vecino de las entonces afueras de la capital francesa. Y lo tenía a bien, lo llevaba con el orgullo sabedor de que sus denuncias surtían efecto no solamente en los destinatarios de sus ataques, sino y sobre todo en los conceptos que iba distribuyendo en sus lectores como píldoras de la realidad. Era su oficio y su pasión.

No parece que su vitriolo fuese gratuito, aunque a veces algo desmedido, mas siempre atemperado por la indiscutible calidad de su escritura. De su colección de columnas siendo corresponsal del Heraldo de Madrid en París –el primer corresponsal fijo de prensa en un país extranjero que hubo, por cierto-, rescatamos hoy otras dos en las que nunca falta el buen hacer. Una sobre Blasco Ibáñez y otra oficiada a un cierto ejército de medio sablistas que acudían a él, sacándolo de sus casillas. Y no era por falta de generosidad, que demostró a lo largo de su vida

En la profesión y fuera de sus enemigos, que habitualmente estaban en la orilla contraria, como los xenófobos y ultraderechistas o los acomodaticios, era muy respetado tanto por su ética como por su profesionalidad y destreza literarias. Y por el humor que siempre disipaba el sabor ácido de sus zurriagazos.

Os mostramos antes dos opiniones recogidas por José Fernando Dicenta (Madrid, 1929-1984)[1], nieto del dramaturgo e íntimo amigo de Bonafoux Joaquín Dicenta, cuya relación entre ambos abordaremos en la próxima entrega.

Bonafoux por Carlos Rodríguez Casado.
Aparecido en *El Español.* 12 junio 2015

La primera es de Mariano de Cavia, zaragozano nacido en el mismo año 1855 que Bonafoux y que fue considerado gran maestro del periodismo español:

Un refractario egregio. Que si refractario, según una de las acepciones que el léxico oficial da a este vocablo, es «el opuesto, el rebelde a aceptar una idea, opinión o costumbre comúnmente establecida», y «egregio» es en su etimología latina, «el que se sale de la grey» («grex, gregis», el rebaño), pocos refractarios ha habido tan egregios como Luis Bonafoux, pues se pasó la vida saliéndose de toda grey literaria, política, nacional y social, tan pronto como no se hallaba a gusto dentro del rebaño.

Fue a todas partes, y en todas partes fue el perpetuo refractario. Refractario en Madrid, donde apenas trazó las primeras cuartillas se le abrieron de par en par las puertas más difíciles. Refractario en Puerto Rico, donde tenía segura y brillante posición. Refractario en Cuba, porque al cubano le hablaba en neto español y al español en «mambi». Refractario en París, donde un escritor de su temple y de sus gustos debería haberse hallado como pez en el agua. Y en Londres, por fin, refractario a la vida, que ha dejado de golpe y porrazo, como quien firma un artículo y dice para siempre: ¡Ahí queda eso!...

Los refractarios.-«A la memoria de Luis Bonafoux».
Artículo necrológico publicado por Cavia el 30 de octubre de 1918, en el diario madrileño «El Sol».

Mariano Cavia. Foto Campúa 1918

Baroja retratado por Joaquín Sorolla, 1914

Y la segunda opinión es de don Pío Baroja, de quien poco cabe hablar:

Luis Bonafoux era hombre que tenía una idea noble de su oficio. Era capaz de jugarse la posición si creía que tenía que defender una causa justa. Así lo hizo con el «asunto Dreyfus», con el proceso de los anarquistas de Alcalá del Valle, y durante la guerra del 14, en que se atrevió a decir en Francia que los alemanes no eran sólo una reunión de soldados, brutal y bárbara, como querían creer los franceses, sino que tenían grandes filósofos, grandes músicos, hombres de ciencia, etc... Bonafoux pretendía ser justo, y aunque molestase a sus lectores era capaz de hablar mal de un político de izquierdas y bien de algún fraile. En el ímpetu, estaba a veces a la altura de Bernard Shaw. En su amor a la justicia era parecido. Afortunadamente para Bonafoux, vivió en un tiempo en que había cierto respeto y consideración por el hombre de ideas libres. En otra época, hubiera ido a la cárcel...

Desde la última vuelta del camino:
Final del siglo XIX y principios del XX, pág. 118. Biblioteca Nueva. Madrid, 1951.

Blasco Ibáñez

Luis Bonafoux. *Los españoles en París*. Sociedad de ediciones Luis-Michaud,. París, 1912.

Sí el país está mal...

-Mal, no. El país no significa nada, no existe...

Esta afirmación rotunda es de Blasco Ibáñez hablando conmigo de política, literatura e industria españolas.

Mejor dicho, no hablamos de eso ni palabra. Todo lo que me dijo de política fue que estaba convencido de que España es un país esencial y profundamente monárquico.

Por lo demás, la conversación que durante una hora larga tuvo ayer conmigo fue un soliloquio, y el soliloquio fue un canto a América. No conozco argentino capaz de expresar un entusiasmo tan férvido por Buenos Aires.

No conozco americano tan enamorado de América, de sus pampas, de sus cordilleras, de sus ríos, de su vegetación, hasta de sus bichos. ¡Sí; se diría que les agradece las picaduras que le hicieron! Cuando me hablaba de que estuvo enfermo, de insolación, en un rancho, y que de las pajas del techo caían escarabajos que le rodaban por las mejillas, lo hacía con voluptuosidad, con ternura y con gratitud. Y cuando me dijo que la primera persona que tomó posesión de la casa que há hecho para sí en Río Negro fue una víbora, que, enroscada en medio de la habitación parecía una corbata, noté en la inflexión de su voz como un dejo de simpatía y como si aun se honrase con aquella visita.

En medio de su entusiasmo, al hablarme, olvidaba que yo también soy oriundo de tierra de alacranes, escarabajos y víboras, y que he visto extraer, con unas tijeras, un ciempiés que se le había entrado en una oreja a un hombre dormido. En medio de su entusiasmo, que corría vertiginosamente entre borbotones de palabras pronunciadas con facilidad pasmosa y entre fantasías tropicales, increpaba a los poetas americanos que no cantan allá las grandezas oceánicas de un Paraná y vienen a cantar las ruindades del liliputiense Sena.

Blasco Ibáñez aparecida en *Las Provincias* de Valencia.
Origen George Grantham Bain Collection

Europeizado y, por tanto, sin entusiasmos, yo veía con extrañeza aquel literato convertido en un Pizarro gaucho, cabalgando furiosamente a través de la pampa americana, y entonces observé que la fiebre del oro, la vorágine de los negocios, le ha dado aspecto de conquistador.

No es aquel Blasco que todos conocimos, bohemio de greñas húngaras y de ojos un tanto soñadores, mantecoso por galbana, tardo en moverse, desaliñado en vestir. Es ahora un Blasco enflaquecido por la vida andariega, inquieto, rápido, azogado, con una dureza en los ojos como si la retina conservase, aun en Europa y en París, un gesto de mando colonial, y esta nueva figura está bien ataviada; pero no con lujo llamativo, sino con corrección bancaria.

¡Ser rico, muy rico, multimillonario, disponer de colonias, mandar hasta a través de la frontera patagónica, es el ideal de este escritor, que ahora dice «mis tierras», y habla de sus automóviles, y de sus botes eléctricos, y de sus granjas, y de sus revólveres y wínchesteres para contener a la gente que se desmanda!...

Al despedirnos, yéndose cada cual por su lado, él, con sus sueños de oro y poder, al automóvil que le iba a llevar al lujo y al ruido de su residencia de París; yo, sin fortuna y sin mando, a un coche de segunda de un tren suburbial, en derechura de mis cuatro muros, aislados de la población y quitados de ruidos, de mi chuleta y de mi ensaladita romana, recordé que dentro de veinte años, poco más o menos, él estará tan calvo como yo. Pero si se piensa en eso, es claro, no se conquista el vellocino de oro.

Emigrantes a lo Hernán Cortés

Luis Bonafoux. Publicado en *Los españoles en París*. Sociedad de ediciones Luis-Michaud,. París, 1912

Que haya españoles que, huyendo de nuestros acreditados acaparadores, salgan a buscar el pan que no tienen en Castilla al Canadá, a los Estados Unidos o a la República Argentina, en cuyos territorios es asequible el trabajo, cosa triste es, pero perfectamente comprensible.

Lo que no tiene explicación es el nublado de emigrantes que, a modo de langostas, viene cayendo sobre París, como si París, en donde escasea el trabajo y se da de mala gana al extranjero en esta aguda crisis de «Francia para los franceses», fuese una nueva tierra de promisión.

-Vienen engañados -me dijo en cierta ocasión el bondadoso e inolvidable cónsul señor Flores-. No diré que no; pero aun así y todo, se fastidian y nos fastidian a los que no tenemos el corazón cerrado a las lástimas de los compatriotas.

La mayor parte vienen muy confiados en que el embajador y el cónsul tienen fondos del Gobierno para subvenir a las necesidades de los españoles pobres que vienen a París en busca de trabajo, y que pueden vivir de renta algunos meses mientras encuentran donde trabajar, y cuando se les dice que no hay tales fondos, se enfurecen con el embajador, con el cónsul y con el Gobierno, terminando por pedir la repatriación.

-Pero ¿cómo no he de conseguir trabajo «en este París», me decía uno, si lo han conseguido Fulánez, Mengánez y Perencéjez?

-Pero, señor mío, ¿tiene usted noticia de las cuitas que han pasado, antes de conseguir trabajo, esos Fulánez, Mengánez y Perencéjez a quienes cita usted? Pues han pasado las de Caín, muchas hambres, muchos desaires, muchas vergüenzas y mucho tiempo.

-¡Pero es que yo toco muy bien la guitarra!

-Sí la tocará usted; pero aparte de que la guitarra no es precisamente lo más indispensable a la vida parisiense, ya son muchos los españoles que viven, o que parece que viven, de tocar la guitarra.

Otros no solo quieren que se les dé empleo, y un poco de dinero, «mientras cae algo que hacer», sino la conversación, además; porque lo que me decía uno:

-Yo no entiendo esta jerga que hablan aquí, y, claro, no tengo con quien «cambiar impresiones».

-Pero ¿qué necesidad tiene usted de cambiar impresiones, no teniendo un franco que cambiar?

-Hombre, ya sabe usted que nosotros no podemos vivir sin las expansiones de café. En Madrid, en *El Siglo*, donde nos reuníamos todas las tardes de dos a seis, pues se hablaba de todo y se pasaba muy bien el rato. Pero aquí, ¡ni siquiera sabe uno donde se reúnen los compatriotas!

-Es que no nos reunimos... Tenemos mucho que hacer... No podemos perder el tiempo...

-Es que ustedes, permítame decírselo con la franqueza que usamos allá, se extranjerizan. Usted mismo no es el que yo imaginaba. ¡Me había dicho Dicenta que era usted tan sociable, tan ameno, tan amable!

-Cosas de Dicenta[1]. Como me quiere atrozmente, no perdona ocasión de darme un bombito.

Total: pierdo la tarde como si fuera parroquiano del *Siglo*, cambiando impresiones o necedades con un señor que viene a buscar trabajo y que empieza por quitármelo a mí.

Los hay más agresivos e hirientes, que no solo hacen visitas, sino que piden un duro, cantidad que no es para negarla, porque a la altura en que estamos de cambios, el duro se convierte en unas cuantas perras.

[1]Joaquín Dicenta (Calatayud, 1862 - Alicante, 1917) Fue dramaturgo de gran éxito y periodista y, como se ha dicho, amigo de Bonafoux.

-Ahí va el duro, contesta usted. Y envía 30 céntimos franceses.

Mi amigo Eusebio Blasco[2], que tenía bromas feroces, me endosó cierto día un compatriota con una carta de recomendación, en la que «apelaba a mis poderosas influencias para darle un destino». Desde luego supuse que Blasco, obrando caritativamente, se había quitado de encima una mosca para endosármela a mí. Porque en vez de darle la carta debió darle un consejo, diciéndole:

-Mire usted, yo, que sé de París mucho más que Bonafoux, lo primero porque viví allí once años más que él, y lo segundo porque no hice la vida de solitario que hace él en todas partes, le aconsejo a usted que no vaya a París, porque, aun en el mejor de los casos, se le llevarán a usted los mismísimos demonios.

De algún tiempo a esta parte no puedo salir de casa sin una escolta de postulantes, una especie de Corte de los milagros, cuyos vasallos van diciéndome que han venido «contando con mis buenos sentimientos».

Y yo los voy contestando por el camino:

-Sí, tengo buenos sentimientos, pero no tengo dinero.

Por fortuna para mí, la mayor parte de los que vienen a eso «no

dan con la casa», y algunos se caen y se entierran en los baches de

mi calle; por todo lo cual se enfurecen y me dicen en París con su miajita de rabia:

-Pero, hombre, ¿a quién se le ocurre vivir en semejante sitio?

-Pues así se vive en París, después de trabajar todo el día durante catorce años...

[2] El escritor y periodista zaragozano Eusebio Blasco, amigo de Bécquer o del tenor Gayarre, tuvo que exiliarse en París a partir de los disturbios de 1866, para volver a Madrid en el 68 con el advenimiento de *La Gloriosa.* Volvería a París años más tarde como redactor de *Le Figaro* donde tuvo como secretario a Manuel Bueno, también colega de Bonafoux y quien, por cierto, sacudió a Valle Inclán el famoso bastonazo –con razón, dicen los presentes- que provocó la posterior gangrena. Blasco dirigió, a su regreso a Madrid en 1898, *Vida Nueva,* semanario editado entre 1898 y 1900 y que fundó el abogado y político Rodrigo Soriano que había ido trasladando su ideología del liberarismo al republicanismo. Y Bonafoux también colaboró en esa revista. De todos esos vaivenes y redacciones conocía Blasco a Luis Bonafoux